

**MODERNIZACIÓN *MADE IN USA*
Y SU IMPACTO EN EL ÁMBITO
IBEROAMERICANO**

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla (coord.)

PRESENTACIÓN

MODERNIZACIÓN Y «GLOBALISMO NACIONALISTA»

Desde las primeras décadas del siglo xx si algún país ha tendido a asociarse con conceptos como modernidad o modernización ha sido Estados Unidos. En aquel periodo se dieron cita en el país americano un conjunto de factores: un amplio mercado en expansión, la estrecha relación entre avances científico-tecnológicos y procesos de concentración en sectores estratégicos impulsados por las grandes empresas, un acelerado proceso de urbanización, la aplicación de métodos de ingeniería social (reflejados en la «invención del americano medio»), unidos a la abundante mano de obra facilitada por la emigración. La combinación de todos ellos propulsó la economía estadounidense y confluó en la articulación de un nuevo contrato social fundado sobre el mercado y el consumo (1). Bien es cierto que el reparto de la prosperidad estuvo lejos de ser equilibrado, que existían notables distancias entre el mensaje de progreso que irradiaba el *big business* y las expectativas de buena parte de la población, que las condiciones de trabajo dejaban mucho que desear y que fueron frecuentes los conflictos laborales (2). Pero vista desde Europa la sociedad norteamericana resultaba dinámica y pujante, una tierra de oportunidades frente a las inercias socio-profesionales del viejo continente, un lugar donde existían menos obstáculos para la movilidad social (3).

En el país americano el aumento del poder de compra y la reducción paulatina del horario de trabajo entre las capas medias y los trabajadores comenzaron a ofrecer la posibilidad de disfrutar de un mayor espacio para el ocio. Las demandas generadas por la ocupación de ese tiempo libre favorecieron la irrupción de nuevas empresas concentradas en ofrecer alternativas de entretenimiento, que vinieron a conformar lo que se denominó cultura de masas. La asociación de ocio y consumo se reforzó con la propagación de la compra a plazos, además de las estrategias de ventas alentadas por el *marketing* y las agencias de publicidad: más necesidades, más productos, más baratos, para más gente (4).

(1) ZUNZ (1998).

(2) ZINN (2005).

(3) KAELBLE (1988): 33 y ss.

(4) GRAZIA (2006).

Análogamente, espectáculos como el cine, la música o los deportes se abrieron paso en el horizonte cotidiano de millones de personas y facilitaron la integración social de una población con orígenes muy diversos –caracterizada por la famosa analogía del *melting pot*.

La decisiva contribución de Estados Unidos a la victoria aliada durante la I Guerra Mundial amplificó la impresión de modelo exitoso, de país donde las innovaciones tecnológicas y organizativas se encontraban al servicio de las necesidades colectivas para favorecer el bienestar común. Tras aquella contienda, las firmas americanas incrementaron su implantación en Europa, por sus posibilidades como centro de consumo y como trampolín para llegar a otras partes del mundo. Ese proceso generó una oleada de emulación pero también resistencias (5). La llegada de productos estadounidenses fue acompañada de la promoción de un estilo de vida que traducía el sistema de valores de un «imperio irresistible», lo que a su vez suscitó recelos entre fuerzas de extracción social e ideológica diversas de las sociedades europeas. Las reacciones contrarias a esa influencia alertaban contra el peligro de la «americanización», asociada al materialismo y la plutocracia, el culto al dinero, el maquinismo y la tecnología deshumanizadora, la democracia gregaria o la nivelación cultural por lo bajo. En muchos casos, las prevenciones ante la hipotética amenaza de una modernización *made in USA* se conjugaban con el mantenimiento de pautas sociales tradicionales y conservadoras, que tenían sus raíces en prejuicios y estereotipos heredados del siglo anterior.

La crisis económica de los años treinta puso en tela de juicio el «sueño americano». Las imágenes del desempleo, la pobreza o los disturbios urbanos hicieron emerger las tensiones sociales subyacentes. Otros modelos concurrentes, como el comunismo o el fascismo, parecieron ofrecer soluciones más eficaces a los desafíos que se planteaban al declinante sistema liberal. Las actuaciones emprendidas en el marco del *New Deal* buscaron retomar la iniciativa y reactivar la economía mediante un mayor impulso del gobierno federal, adoptando incluso medidas de planificación estatal cuyos resultados se antojaban prometedores en otros países (aunque se renegara de la orientación política de sus regímenes). La experiencia de la Tennessee Valley Authority fue un caso paradigmático del protagonismo del Estado en la promoción del desarrollo a medio plazo, que representó un antecedente de ideas y proyectos retomados años más tarde por la teoría de la modernización (6).

La II Guerra Mundial y la movilización de recursos que provocó permitieron a Estados Unidos superar definitivamente la recesión y situarse como primera potencia planetaria. Su contribución militar, económica y humana decantó de nuevo la contienda del bando aliado. En la inmediata posguerra ningún otro país tenía tantas bazas a su favor para ejercer de arquitecto del emergente orden mun-

(5) ROSENBERG (1982), COSTIGLIOLA (1984).

(6) EKBLADH (2009): 111-113.

dial. Tanto la Organización de Naciones Unidas, como las estructuras económicas gestadas en la conferencia de Bretton Woods, tenían su referencia en el país americano que disponía, además, del predominio militar (incontestable tras la utilización del arma atómica) y económico (concentraba cerca del 50% del PIB mundial y $\frac{3}{4}$ partes de las reservas de oro del planeta). Sobre tales bases se pretendía asentar una suerte de *pax americana*, basada en la irradiación de su sistema socio-económico. Tal aspiración formaba parte de un «globalismo nacionalista» (7) de corte liberal que proyectaba la expectativa de progreso económico y bienestar social como forma de prevenir futuros conflictos.

Sin embargo, a partir de la segunda mitad de los años cuarenta las desavenencias entre Estados Unidos y la Unión Soviética se transformaron en una disputa abierta que enfrentó a dos modelos con pretensiones de globalidad, capitalismo y comunismo. El temor al otro y a sus supuestas intenciones expansionistas generó un clima de creciente polarización, empleado por ambas superpotencias para movilizar y fidelizar a sus partidarios y delimitar sus respectivas áreas de influencia. En tal tesitura, se achacaba al adversario la responsabilidad del incremento de la tensión internacional: mientras la Unión Soviética se erigió en el adalid de la paz, Estados Unidos hizo lo propio blandiendo la bandera de la libertad (8). La Guerra Fría definió así un escenario donde ambos polos de referencia se sirvieron de las diversas manifestaciones culturales e informativas como cajas de resonancia ideológicas. A través de ellas se proyectó también una rivalidad entre dos formas de concebir la modernidad: del lado americano asentada sobre la primacía del individuo y sobre la estabilidad de una sociedad de clases medias; del lado soviético sobre la redistribución y la justicia social por medio del liderazgo del proletariado. En ambos casos se compartía la confianza en la tecnología y la ingeniería social como mecanismos de transformación, no solo de sus propias sociedades sino asimismo de otros países.

En aquel contexto de emergente Guerra Fría, la propensión hacia la hegemonía norteamericana en el plano internacional se justificó mediante la amalgama de la defensa del «interés nacional» –frente a la beligerancia atribuida a la URSS– y del mesianismo arraigado en la idea de la excepcionalidad estadounidense –que debía proyectarse hacia el exterior para conformar un entorno más seguro y próspero–. No en vano, una parte sustancial de los ciudadanos norteamericanos se sentían partícipes de un proyecto nacional basado en valores como la libertad, el igualitarismo, el individualismo y el *laissez-faire*; e identificaban a Estados Unidos como un modelo extrapolable al resto del mundo para forjar un futuro mejor. A partir de esa autoconcepción positiva se concibió la exportación de su modelo político-económico y sus valores cívicos como un elemento esencial de la política exterior.

(7) FOUSEK (2000): 7, 36.

(8) GREMION (1995), STONOR SAUNDERS (2001), BERGHahn (2001), SCOTT-SMITH (2002).

Europa fue el epicentro inicial de la pugna bipolar por ganar lo que pronto se calificó como la «batalla por las conciencias». En la posguerra las prioridades del continente pasaban por resolver las penurias de orden económico y sentar las bases de la reconstrucción. El *European Recovery Program*, conocido popularmente como Plan Marshall, fue una de las medidas más trascendentales de aquel periodo, un programa económico destinado a evitar una crisis política que podía hacer tambalearse el *statu quo* a duras penas conseguido en el territorio europeo. La iniciativa contó con el respaldo de muchos *new dealers* norteamericanos que formaban parte de la administración de Harry S. Truman (1945-1953), y que la concebían además como una oportunidad para «reconstruir Europa a la imagen de Estados Unidos», para modernizarla según los esquemas de la potencia americana (9). La gestión de aquella ayuda se dejó en manos de los propios europeos, con asesoramiento y supervisión norteamericanas, lo que colaboró a su éxito en términos generales sin que dejaran de producirse algunos desencuentros con los benefactores del otro lado del Atlántico.

Ese programa se aplicó solo en Europa occidental, donde la onda expansiva del modelo americano fue bastante más allá de la organización económica. Poco después se plasmó en la gestación de nuevas estructuras político-militares. Tales procesos acrecentaron la influencia de Estados Unidos en la región, que se proyectó igualmente sobre dimensiones culturales y sociales. Las reacciones a ese ascendiente fueron de índole diversa. En una población que deseaba dejar atrás el pasado reciente, marcado por las tensiones políticas y la destrucción bélica, la perspectiva de una vida más confortable, con más tiempo para el esparcimiento y la expansión del consumo doméstico, vino a reemplazar la anterior predisposición hacia la política como expresión de la acción colectiva (10). Pero simultáneamente la deriva hacia la «americanización» también generó reacciones más críticas en sectores donde existían motivaciones de índole económica, ideológica o cultural que llevaban a cuestionar las hipotéticas bondades de aquel modelo. Su eco se acrecentó al presentarse como manifestaciones de salvaguardia de la identidad nacional, lo que contribuyó a engrosar las filas del antiamericanismo. De ello dan buena muestra campañas como la defensa del vino francés frente a la «invasión» de la Coca-Cola, donde confluyeron los intereses de productores de bebidas con los de las fuerzas de izquierda francesas (11).

Así pues, la confrontación con la URSS no solo afectó a las condiciones materiales de las poblaciones asoladas por la guerra. Además de ayudar a los países de Europa occidental a superar sus problemas de abastecimiento y productividad había que convencer a sus ciudadanos de que su futuro pasaba por la

(9) JUDT (2008): 151.

(10) JUDT (2008): 353.

(11) JUDT (2008): 297-336, KUISEL (1993), CRAVERI e QUAGLIARIELLO (2004), STEPHAN (2006).

consolidación del bloque occidental y sus valores. En aquella coyuntura se crearon el *National Security Council* (NSC) y la *Central Intelligence Agency* (CIA), se desplegó un programa informativo y cultural de alcance mundial (mediante la *United States Information and Educational Exchange Act*), se preparó el terreno para las llamadas «acciones encubiertas» (con la financiación de la CIA a organizaciones públicas y privadas del mundo cultural), y se tejieron vínculos con fundaciones filantrópicas (sobre todo la Ford) receptivas hacia la necesidad de contener el expansionismo soviético.

Lo que dio en llamarse «guerra psicológica», reforzada tras el acceso a la presidencia de Dwight D. Eisenhower (1953-1961), se libró en el terreno de la opinión pública y supuso la consolidación de una maquinaria de la persuasión al servicio del gobierno de Estados Unidos (12). Forjada parcialmente en el transcurso del anterior conflicto bélico, el antagonismo con la URSS le dio otras derivaciones y amplió su campo de acción. Con ello se pusieron las bases de un dispositivo global destinado a dar la réplica a la propaganda comunista, al tiempo que se realizaba una labor de «Projecting America» (13). Se aspiraba a transmitir las ventajas del modo de vida americano, ganar aliados para su causa y obtener la confianza en su liderazgo. El campo comunista fue asimilado con el totalitarismo, la anulación del individuo y sus derechos, la tiranía, en suma «un nuevo fanatismo» que ambicionaba la conquista del mundo (14). En contraposición, la defensa de Occidente se asoció a la construcción de sociedades libres, prósperas económicamente y abiertas a las diferentes alternativas políticas.

Como complemento a esa actuación gubernamental, la imagen de Estados Unidos y su influjo internacional también contó con la repercusión que alcanzaron las industrias culturales y de entretenimiento del país, a través de revistas y magazines, películas y más tarde series televisivas, ritmos musicales (sobre todo el *jazz* y el *rock and roll*), géneros de creación literaria (con particular incidencia de la novela negra y la ciencia ficción), nuevas formas de expresión a través del arte contemporáneo y el comic, etc. Las imágenes y mensajes que proyectaban, aunque no siempre transmitieran una visión acorde con la desplegada por los circuitos oficiales, acercaron la sociedad norteamericana a muchos lugares del mundo, trasladaron hábitos de conducta diferentes sobre todo entre los colectivos más jóvenes, produciendo un efecto de emulación que multiplicó la resonancia del *American way of life*.

A finales de los años cincuenta Estados Unidos disponía de un conglomerado público-privado destinado a favorecer la emisión de su propaganda y los

(12) Como obras de referencia sobre esa materia *vid.* HIXSON (1998), SCOTT-SMITH & KRABBENDAM (2003), OSGOOD (2006), BELMONTE (2008), SCOTT-SMITH (2008), CULL (2008) y PARMAR (2012).

(13) HART (2013): 140-141.

(14) HUNT (1987): 158-159.

intercambios culturales con el exterior. La defensa de la libertad y la seguridad nacional en el contexto de la Guerra Fría habían sido los principales argumentos para convencer a la sociedad norteamericana de la necesidad de contar con un aparato gubernamental dedicado a la difusión de sus valores, su estilo de vida y su liderazgo internacional. También habían servido para reforzar el consenso exterior en torno a la supremacía estadounidense en el bloque occidental.

Sin embargo, mientras que la dialéctica anticomunista y el despliegue propagandístico y de relaciones públicas acometido en Europa occidental habían hecho retroceder las simpatías comunistas, en otras zonas del mundo sus competidores soviéticos avanzaban posiciones. Desde la segunda mitad de los años cincuenta el sistema internacional asistía a una mutación generada por la formación de nuevas naciones tras el proceso de descolonización, por lo que ambas superpotencias pusieron el foco en aquel vasto espacio que vino en llamarse el Tercer Mundo. En lo sucesivo, las complejas relaciones socio-económicas marcadas por las coordenadas Norte-Sur se verían paulatinamente mediatizadas por el conflicto Este-Oeste.

En Estados Unidos se asistía con preocupación a la expansión de la influencia comunista, en parte consecuencia de su propia incapacidad para conectar con las expectativas de aquellos pueblos. El triunfo de la revolución cubana en 1959 y su evolución hacia el bloque comunista había supuesto un duro golpe para el liderazgo norteamericano, que se veía cuestionado en su propio «patio trasero». Por otro lado, el lanzamiento del primer satélite artificial en 1957 —el Sputnik I— demostró que la Unión Soviética estaba en condiciones de rivalizar con el poderío científico-técnico de Estados Unidos, lo que incrementaba el atractivo de la opción comunista en países que trataban de dar un salto adelante en materia tecnológica para impulsar su potencial económico. Además, sobre la «patria socialista» no se proyectaba la sombra de un pasado colonialista, algo que resultaba más polémico en el caso norteamericano por sus intervenciones en América Latina o Filipinas.

Tras la bonanza de los años cincuenta y la confianza en sus capacidades que irradiaba el país americano, los años sesenta se abrían con más incertidumbres. Fue por entonces cuando cobraron fuerza los planteamientos sobre la modernización y otros fenómenos aledaños, como la promoción del desarrollo o el estímulo del crecimiento económico, en el marco de una confrontación global que pretendía definir el modelo más viable para afrontar ese salto adelante al que aspiraban los países del Tercer Mundo. Fue por entonces asimismo cuando las reflexiones sobre la modernidad «a la americana» iban a trasladarse de forma nítida a la agenda política, asentadas en el trabajo de un conjunto de investigadores que irían configurando un corpus doctrinal que llegó a erigirse en aquella época como el paradigma dominante en las ciencias sociales. Las teorizaciones formuladas desde la década anterior por núcleos del mundo académico en torno a la modernización (entre otros por Rostow, Lerner, Pye, Millikan, etc.) encontraron una excelente acogida en un entorno político preocupado por la deriva de

muchos países de reciente creación hacia el comunismo. Sus recomendaciones trataban de combinar la política de contención, que había presidido los esfuerzos anteriores de las administraciones Truman e Eisenhower, con una faceta más proactiva destinada a crear naciones más eficientes y justas que evitaran la tentación comunista. Análogamente, desde las perspectivas que abrían las ciencias sociales parecía viable ensamblar el sentido de misión que formaba parte del ideal norteamericano con la legitimación de la supremacía internacional del país, por la vía de una transformación modernizadora que fraguase un mundo a su medida. El predicamento de esas concepciones no solo congregó a los investigadores sociales, sino que caló en los sectores más comprometidos de la sociedad civil norteamericana, sintonizaba con los objetivos de diversas fundaciones filantrópicas y era adaptable a los intereses de la política de seguridad nacional (15).

La administración de John F. Kennedy (1961-1963) asumió aquellas ideas y declaró que los años sesenta serían la *Development Decade*, poniendo en marcha un conjunto de medidas que se trasladaron a la ayuda hacia el exterior por medio del asesoramiento técnico en la elaboración de planes de desarrollo, la creación de infraestructuras, la formación de capital humano, etc. Pensadores de referencia de la teoría de la modernización, como Walter W. Rostow, simultanearon su faceta académica con responsabilidades en la política exterior del país. En uno de los textos emblemáticos de aquella teoría sistematizó las fases del crecimiento económico a partir de la certidumbre de un curso unilineal de la historia que llevaba hacia el culmen de la sociedad liberal y capitalista occidental, según un esquema interpretativo basado en la productividad y el consumo (16). El concepto mismo de crecimiento, un pilar central de las argumentaciones de Rostow, era bastante indicativo de un consenso compartido durante la Guerra Fría sobre la necesidad de favorecer el desarrollo económico, si bien la divergencia se hacía patente al contraponer las fórmulas para conseguirlo: el libre mercado americano frente a la planificación soviética. Los fines y prioridades del crecimiento no eran obviamente los mismos para cada uno de los modelos en litigio, aunque participaran de aquel «romance del desarrollo económico» (17).

La teoría de la modernización se adecuaba al nuevo impulso con que Estados Unidos pretendía recuperar la pujanza internacional. No fue casual que buena parte de los analistas del NSC y de la política exterior la tomaran como «hoja de ruta». Ante las legítimas aspiraciones de mejora de las condiciones socio-económicas que constituían una preocupación esencial para todo un conjunto de naciones, se ofrecía el modelo capitalista de los países ricos como

(15) LATHAM (2000): 3-5, EKBLADH (2009): 6-7. Tal confluencia motivó que los centros dedicados a producir conocimiento experto aplicable al campo político recibieran una considerable financiación tanto pública como privada. SIMPSON (1998).

(16) ROSTOW (1960).

(17) ENGERMAN (2004).

brújula que debía guiar a las sociedades más atrasadas para conducir las hacia su modernización (con la asimilación de su organización económica, sus avances industriales y tecnológicos, sus prácticas de gobernanza política y su estilo de vida). Los criterios científico-técnicos en que reposaban sus métodos y predicciones le aportaban credibilidad, apuntalada sobre un repertorio de variables para medir los índices de progreso social (PIB, alfabetización, industrialización, urbanización o expansión de los medios de comunicación). Además, los principales organismos internacionales (ONU, OECE, FMI, etc.) hicieron propios aquellos criterios e indicadores. Aunque supuestamente todo ello contribuía a disminuir la carga ideológica que había dominado los momentos más álgidos de la Guerra Fría, lo cierto es que, a la postre, era fruto de la construcción mesiánica en torno a la dicotomía nosotros-ellos, que servía además para justificar la aspiración norteamericana a la hegemonía global.

La distinción entre «sociedades tradicionales» y «sociedades modernas» trasladaba una percepción etnocéntrica, que veía en los «otros» países a pueblos más arcaicos, irracionales e ineficientes, menos adaptados para afrontar el desafío del crecimiento económico. Frente a esas sociedades, el «nosotros» actuaba como contrapunto de referencia, exitoso ejemplo de desarrollo y bienestar social, de donde debía proceder la ayuda y asesoramiento de orden financiero y técnico para que aquellos superasen su desfase y se encaminasen hacia la senda de la modernidad. Tras las formulaciones de esa teoría latía, en suma, la pretensión de sistematizar las claves del cambio social y modelarlas para generar procesos de *nation-building* y transformaciones políticas en los países del Tercer Mundo que convergieran hacia la forma norteamericana (18). Su modelo de modernización de cuño liberal se presentaba como una alternativa más eficaz que el pregonado por los soviéticos, a la par que justificaba una intervención «benevolente» en otros países (sobre todo del Tercer Mundo) y conectaba con las élites de aquellas naciones que buscaban un cambio socio-económico dirigido desde el poder. La ayuda exterior se asoció así con la «gran misión» de diseminar la simiente occidental (en su versión estadounidense), resaltando las ventajas de la «revolución de la modernización» frente a la alternativa comunista de la lucha de clases (o frente a fuerzas nacionalistas de evolución incierta como había mostrado el caso cubano) (19).

La experiencia nacional de Estados Unidos era concebida de nuevo como el arquetipo de evolución hacia la sociedad moderna que debían emular los países subdesarrollados, ya que su proyecto liberal de desarrollo era el método más eficaz para promover el crecimiento y el bienestar no solo propio sino del resto del mundo. La asunción de ese molde de progreso redundaría en la construcción de sociedades más estables y con menos tensiones ideológicas, más afines con

(18) LATHAM (2000), GILMAN (2003), SHAH (2011).

(19) *Vid.* al respecto las reflexiones pioneras de HUNT (1987): 160-161, y sobre todo los trabajos de EKBLADH (2009) y LATHAM (2010). Sobre la ayuda exterior *vid.* LANCASTER (2006).

el bloque occidental y, presumiblemente, más proclives a la adopción de sistemas democráticos, lo que serviría para contrarrestar el atractivo de la opción comunista en los países de Asia, América Latina y África (20). La captación y formación de los líderes de aquellos países susceptibles de pilotar ese proceso de modernización, concebidos como «agentes de cambio» en sus respectivas sociedades, representó asimismo un objetivo prioritario (21).

La evolución de la Guerra de Vietnam minó las expectativas puestas en las estrategias modernizadoras como herramienta de transformación mundial y socavó considerablemente la imagen de Estados Unidos durante el mandato del presidente Lyndon B. Johnson (1963-1969). La confianza de los dirigentes norteamericanos en que la racionalidad de sus proyectos tecnocráticos ganaría a la población vietnamita se encontró con la firme determinación y resistencia de un movimiento nacionalista reacio a plegarse a tales designios (22). La política exterior estadounidense quedó asociada a la postre a la dominación imperialista de otros pueblos y a la desmesura de los medios empleados para someterlos. La pretensión de recobrar el liderazgo internacional también fue cuestionada en América Latina y en otras partes del mundo donde las ansias de cambio socio-económico se canalizaban por vías distintas a las prefiguradas por los analistas norteamericanos. La faceta económico-tecnológica de la modernización no impidió que salieran a relucir los móviles políticos que se ocultaban tras ella. Las actuaciones desplegadas hacia los nuevos países, por la vía del asesoramiento en la organización del aparato del Estado, las inversiones para crear infraestructuras civiles y militares o la formación de cuadros, se dirigían en última instancia a consolidar los vínculos de dependencia con Estados Unidos u otros países occidentales. Además, la pretendida relación causal entre el proceso de modernización y la posterior instauración de la democracia se vio pronto cuestionada por la evidente tolerancia, cuando no respaldo inequívoco, que mostró el país norteamericano hacia regímenes autoritarios siempre que se atuvieran a sus objetivos estratégicos y se recubrieran del barniz desarrollista (23).

A lo largo de los años setenta la capacidad de convicción de la teoría de la modernización fue perdiendo fuelle, en correspondencia a su vez con las dudas que sacudían a una sociedad norteamericana que había dejado de contemplarse con la mirada autocomplaciente de años atrás, inmersa en las contradicciones destapadas por el conflicto vietnamita, la lucha por los derechos civiles y los altercados raciales que empezaran a agrietar el andamiaje sobre el que reposaba el idílico modelo liberal del «consenso» (24). La andanada de críticas que reci-

(20) WESTAD (2005).

(21) KRAMER (2009).

(22) NASHEL (2000).

(23) Además de las obras mencionadas, *vid.* ENGERMAN, GILMAN, HAEFELE & LATHAM (2003), SCHMITZ (2006), JOSEPH & SPENSER (2008), CULLATHER (2010).

(24) EKBLADH (2006).

bió aquella versión modernizadora desde posiciones marxistas, estructuralistas o de la teoría de la dependencia, erosionaron la aureola de rigor académico y fiabilidad predictiva que la habían rodeado en los años sesenta. No obstante, los principios e instrumentos analíticos en que se basaba no desaparecieron ni del horizonte científico ni de las expectativas de la política exterior norteamericana, como mostraron algunas de las justificaciones que esgrimió Estados Unidos en su dimensión exterior al concluir la Guerra Fría y, sobre todo, a la hora de afrontar fenómenos como el fundamentalismo islámico. Es más, ideas como el fomento del desarrollo o el crecimiento económico se convirtieron en «certezas colectivas» que permanecieron orientando las políticas de países y organismos internacionales (25).

El relato predominante de la Guerra Fría como una contienda básicamente político-militar para alcanzar la supremacía ha sido puesto en cuestión desde hace algo más de una década. El estudio de las formulaciones sobre la modernización y el desarrollo desde una perspectiva histórica, más allá del debate teórico que suscitaron en las ciencias sociales, ha sido una de las líneas que ha renovado la historiografía de la Guerra Fría. Los análisis a partir del contexto histórico en que germinaron o sobre su instrumentación para los fines internacionales de la potencia norteamericana han permitido reinterpretar algunos de los procesos claves de la pugna bipolar, una de cuyas principales dimensiones fue la competición por convencer a otras naciones de cuál era la vía más eficaz para acometer la transformación modernizadora: el liberalismo capitalista o el comunismo de Estado. El peso de los fundamentos ideológicos, junto a las expectativas económicas y sociales de un buen número de países que se movían en el entorno de las grandes potencias, jugaron un papel esencial en un fenómeno que tuvo proporciones globales, pues mediatizó desde la ayuda económica norteamericana hacia América Latina hasta la estrategia de contrainsurgencia en el sudeste asiático (26).

Las contribuciones de este dossier se sitúan en esa línea interpretativa que presta mayor atención a la influencia de los factores ideológicos y a la exportación de modelos de referencia, a su estrecha interacción con los proyectos globales norteamericanos, y a su impacto en las sociedades receptoras. En las páginas siguientes se aborda la configuración de la teoría de la modernización y una serie de estudios de caso relativos al ámbito iberoamericano: sobre la acción de la Fundación Ford en América Latina y sobre varias dimensiones de la modernización *made in USA* en la península ibérica –desde la génesis en España de «relatos» sobre la modernidad ligados al país americano y su incidencia en la opinión pública, hasta la repercusión de los presupuestos modernizadores

(25) RIST (1997), O'BRYAN (2009).

(26) CULLATHER (2004), *H-Diplo/ISSF, Roundtable Reviews*, vol. III, 4 (2011), IMMERWHAR (2012). Para situar la aportación de esa corriente interpretativa en la historiografía norteamericana de la Guerra Fría *vid.* LEON AGUINAGA (2015).

sobre política educativa y científica del desarrollismo franquista, o su reflejo en la política exterior norteamericana en relación con las dictaduras ibéricas.

Óscar Martín García ofrece una aquilatada y bien argumentada síntesis de los principales presupuestos teóricos que inspiraron la «utopía secular» subyacente a la teoría de la modernización y los factores de diversa índole que rodearon su propagación. Su texto analiza la vinculación de esos postulados con la autopercepción de la sociedad norteamericana; el éxito académico que alcanzaron y el generoso apoyo financiero que recibieron sus centros inspiradores tanto por parte gubernamental como de fundaciones filantrópicas bien conectadas con instancias oficiales; la articulación entre la teoría de la modernización y la política exterior de Estados Unidos hacia los países «en desarrollo», o las derivaciones que presentó y entre las que tuvo una singular relevancia la justificación de patrones de modernización autoritaria.

Benedetta Calandra indaga en la experiencia de hombres de negocios y fundaciones filantrópicas en su interpretación y aplicación de los postulados de esa modernidad americana, a través de la sucesión de iniciativas que comenzó con la implantación empresarial de Henry Ford en Brasil, en los años veinte, y que se prolongó más tarde en los proyectos emprendidos por la Fundación Ford en América Latina sobre todo en el transcurso de la década de los sesenta. Aquellas iniciativas llevaron impreso el sesgo de sus patrocinadores y, aunque difirieron notablemente en su contexto histórico y objetivos específicos, no dejaron de ser un vehículo de transmisión del *American way of life*, en sentido cultural, social y político, con todas las implicaciones que ello suponía sobre todo en el marco de la Guerra Fría.

Daniel Fernández de Miguel hace un recorrido por la recepción en España de la noción de Estados Unidos como paradigma de modernización. A comienzos del siglo XX las percepciones españolas tuvieron bastante en común, y a menudo se nutrieron, de las que llegaban de otros puntos del continente europeo, basculando entre las posturas antiamericanas que recelaban de su alienación economicista y uniformizadora y aquellas otras visiones que mostraban su atracción por las posibilidades que abría la expansión del consumo y la movilidad social. La irrupción del franquismo motivó un rechazo frontal de aquellas influencias, anatemizadas por una interpretación nacional-católica que abominaba de la modernidad, si bien la aproximación hispano-norteamericana desde la firma de los pactos de 1953 templó las efusiones antinorteamericanas anteriores, sustituyéndolas progresiva y parcialmente por un discurso que incorporó los vectores de la modernización y el «fin de las ideologías» como ingredientes de un proyecto tecnocrático de desarrollo económico sin cambio político.

Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla examina cómo Estados Unidos reorientó la primigenia justificación anticomunista que le hizo acercarse al franquismo por la fórmula de modernización y desarrollo, que adquirió una particular incidencia en los años sesenta al sintonizar con los grupos de tecnócratas que habían ocupado posiciones influyentes en la política española. La convergencia

de intereses resultante permitió a los primeros manifestar que su relación con el país iba más allá de la colaboración militar con la dictadura y, a los segundos, contar con poderosos aliados internacionales en su estrategia de dotar de una nueva legitimación al franquismo que transformase ciertos elementos del régimen para garantizar su continuidad. En aquel proceso, la reforma de la educación y de la política científica constituyeron un espacio estratégico donde la diplomacia pública norteamericana intentó conectarse con los «agentes de cambio» del país para tomar posiciones ante el posfranquismo.

Finalmente, Rosa Pardo Sanz aborda la política exterior de Estados Unidos hacia las dos dictaduras ibéricas en el marco de la Guerra Fría en el área del Mediterráneo, comparando el tipo de conexión establecido y los distintos ritmos por los que atravesaron las relaciones bilaterales hasta 1975. El alineamiento con la gran potencia occidental implicó consecuencias políticas, diplomáticas, económicas y socio-culturales, traducidas a su vez en oportunidades aprovechadas y perdidas en términos de desarrollo económico y modernización. El régimen de Salazar logró modernizar sus estructuras militares pero sus reticencias nacionalistas le impidieron trasladar esa dinámica al terreno económico y científico-cultural. El franquismo no consiguió que la alianza con la potencia americana resolviese sus problemas de seguridad, pero sacó más partido del impulso modernizador en el apoyo al desarrollo de su política económica y las medidas de formación de capital humano. A la postre, la vinculación con Estados Unidos, favoreció el afianzamiento a corto plazo de las dictaduras ibéricas, pero también actuó como un elemento de erosión de ambos sistemas políticos a medio plazo.

BIBLIOGRAFÍA

- BELMONTE, LAURA (2008): *Selling the American Way. U.S. Propaganda and the Cold War*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- BERGHAHN, VOLKER R. (2001): *America and the Intellectual Cold Wars in Europe: Shepard Stone between Philanthropy, Academy, and Diplomacy*, Princeton, Princeton University Press.
- COSTLIGLIOLA, FRANK (1984): *Awkward Dominion: American Political, Economic and Cultural Relations with Europe, 1919-1939*, London, Cornell University Press.
- CRAVERI, PIERO e QUAGLIARIELLO, GAETANO (a cura di) (2004): *L'antiamericanismo in Italia e in Europa nel secondo dopoguerra*, Soveria Mannelli, Rubbettino.
- CULL, NICHOLAS J. (2008): *The Cold War and the United States Information Agency. American Propaganda and Public Diplomacy, 1945-1989*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CULLATHER, NICK (2000): «Development? It's History», *Diplomatic History*, 24, pp. 641-653.
- (2010): *The Hungry World: America's Cold War Battle against Poverty in Asia*, Cambridge, Harvard University Press.

- EKBLADH, DAVID (2006): «From Consensus to Crisis. The Postwar Career of Nation-Building in US Foreign Relations», en *Nation-Building: Beyond Afghanistan and Iraq*, Baltimore-Maryland, The Johns Hopkins University Press, pp. 19-41.
- (2009): *The Great American Mission: Modernization and the Construction of an American World Order*, Princeton, Princeton University Press.
- ENGERMAN, DAVID C. (2004): «The Romance of Economic Development and New Histories of the Cold War», *Diplomatic History*, 28, pp. 23-54.
- ENGERMAN, DAVID; GILMAN, NILS; HAEFELE, MARK H., and LATHAM, MICHAEL E. (eds.) (2003): *Staging Growth: Modernization, Development, and the Global Cold War*, Amherst, University of Massachusetts Press.
- FOUSEK, JOHN (2000): *To Lead the Free World: American Nationalism and the Cultural Roots of the Cold War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- GILMAN, NILS (2003): *Mandarins of the Future. Modernization Theory in Cold War America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- GRAZIA, VICTORIA DE (2006): *El Imperio irresistible. Un minucioso análisis del triunfo de la sociedad de consumo estadounidense sobre la civilización europea*, Barcelona, Belacqva.
- GREMION, PIERRE (1995): *Intelligence de l'anticommunisme: le Congrès pour la liberté de la culture à Paris (1950-1975)*: Paris, Fayard.
- HART, JUSTIN (2012): *Empire of Ideas. The Origins of Public Diplomacy and the Transformation of U.S. Foreign Policy*, Oxford-New York, Oxford University Press.
- HIXSON, WALTER L. (1998): *Parting the Curtain: Propaganda, Culture and the Cold War, 1945-1961*, New York, St. Martin's Griffin.
- HUNT, MICHAEL H. (1987): *Ideology and U.S. Foreign Policy*, New Haven, Yale University Press.
- IMMERWHAR, DANIEL (2012): «Modernization and Development in U.S. Foreign Relations», *Passport*, 43, pp. 22-25.
- JOSEPH, GILBERT and SPENSER, DANIELA (eds.) (2008): *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War*, Durham, Duke University Press.
- JUDT, TONY (2008): *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus.
- KAELBLE, HARTMUT (1988): *Vers une Société Européenne. Une histoire sociale de l'Europe 1880-1980*, Paris, Belin.
- KRAMER, PAUL A. (2009): «Is the World Our Campus? International Students and U.S. Global Power in the Long Twentieth Century», *Diplomatic History*, 33, pp. 775-806.
- KUISSEL, RICHARD F. (1993): *Seducing the French. The Dilemma of Americanization*, Berkeley, University of California Press.
- LANCASTER, CAROL (2006): *Foreign Aid: Diplomacy, Development, Domestic Politics*, Chicago, University of Chicago Press.
- LATHAM, MICHAEL (2000): *Modernization as Ideology: American Social Science and «Nation Building» in the Kennedy Era*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- (2010): *The Right Kind of Revolution: Modernization, Development, and U.S. Foreign Policy from the Cold War to the Present*, Ithaca, Cornell University Press.

- LEON AGUINAGA, PABLO (2015): «Ecos lejanos: la historiografía sobre ‘Estados Unidos y el Mundo’ durante la Guerra Fría y la historia de España», en *La apertura internacional de España. Entre el franquismo y la democracia, 1953-1986*, Madrid, Sílex –en prensa–.
- NASHEL, JONATHAN (2000): «The Road to Vietnam. Modernization Theory in Fact and Fiction», en *Cold War Constructions. The Political Culture of United States Imperialism, 1945-1966*, Amherst, The University of Massachusetts Press, pp. 132-154.
- O’BRYAN, SCOTT (2009): *The Growth Idea. Purpose and Prosperity in Postwar Japan*, Honolulu, University of Hawai’i Press.
- OSGOOD, KENNETH A. (2006): *Total Cold War. Eisenhower’s Secret Propaganda Battle at Home and Abroad*, Kansas, University Press of Kansas.
- PARMAR, INDERJEET (2012): *Foundations of the American Century: The Ford, Carnegie and Rockefeller Foundations in the Rise of American Power*, New York, Columbia University Press.
- RIST, GILBERT (1997): *The History of Development: From Western Origins to Global Faith*, London & New York, Zed Books.
- ROSENBERG, EMILY S. (1982): *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion, 1890-1945*, New York, Hill & Wang.
- ROSTOW, WALTER W. (1960): *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SCHMITZ, DAVID F. (2006): *The United States and Right-Wing Dictatorships, 1965-1989*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SCOTT-SMITH, GILES (2002): *The Politics of Apolitical Culture. The Congress for Cultural Freedom, the CIA and the Post-War American Hegemony*, London-New York, Routledge.
- (2008): *Networks of Empire: The US State Department’s Foreign Leader Program in the Netherlands, France, and Britain 1950-70*, Brussels, P.I.E. Peter Lang.
- SCOTT-SMITH, GILES and KRABBENDAM, HANS (eds.) (2003): *The Cultural Cold War in Western Europe, 1945-1960*, London/Portland-OR, Frank Cass.
- SHAH, HEMANT (2011): *Production of Modernization: Daniel Lerner, Mass Media, and the Passing of Traditional Society*, Philadelphia, Temple University Press.
- SIMPSON, CHRISTOPHER (dir.) (1998): *Universities and Empire Money and Politics in the Social Sciences during the Cold War*, New York, The New York Press.
- STEPHAN, ALEXANDER (ed.) (2006): *The Americanisation of Europe: Culture, Diplomacy, and Anti-Americanism after 1945*, New York, Berghahn Books.
- STONOR SAUNDERS, FRANCES (2001): *La CIA y la guerra fría cultural*, Barcelona, Ed. Debate.
- WESTAD, ODD ARNE (2005): *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ZINN, HOWARD (2005): *A People’s History of the United States. 1492-Present*, New York, Harper Perennial Modern Classics (1.ª ed. 1980).
- ZUNZ, OLIVIER (1998): *Why the American century?*, Chicago, University of Chicago Press.